

lo hace a su hora, como está a la suya con Pan o con Hércules, o los deja, sin alardes ni precipitaciones. El, tiene sus manos de marqués, mejores que las del fauno para el sonrojo de los senos, porque las ninfas de Versalles coinciden todas en ser más hermosas y atrayentes que sus hermanas las de los bosques donde retoza el sátiro; pero a despecho de sus manos—como él lo apunta en un ziszás—guarda en sus venas el caudal destorrentado de la sangre de sus aborígenes, y su frente es recia y vasta como un yunque, en que a golpes de mazo se forjan las ideas de los grandes días: los días en que se canta a Momotombo, en que se increpa a Roosevelt, en que se pide “Pax” ante la hoguera de los odios, donde culmina el casco de Guillermo el demente. Y el adelanto de calidad profética hecho a Francia: “¡Los bárbaros! ¡los bárbaros!”...

Esta duplicidad, delicada y fuerte, de su espíritu, genial en cualquiera de los términos, no es un descubrimiento para gloriarse de él. Darío, que supo siempre encontrarse a sí mismo, nos tenía obviado el trabajo de su exégesis. El nos dice:

“Y muy siglo dieciocho, y muy antiguo
y muy moderno, audaz, cosmopolita;
con Hugo fuerte y con Verlaine ambiguo...”

VII

La significación de progenitura artística de la labor, prolija y árdua, de Darío—más de cuarenta obras: prosa, verso, poemas, crítica, etc.—, queda bien ponderada en esta doctrina suya, hecha en él verdad y realidad: “Y la primera ley, creador: Crear. Bufo el eunuco. ¡Si una musa te da un hijo, queden las otras ocho en cinta!”

Y he aquí el último toque: Pan, fuerza creadora; Venus, fuerza fecunda; Amor, fuerza universal,

son los motivos de sus canciones. Pero en muchas de ellas esplenden, también, vigorosos apuntes, acusados toques y brillantes pinceladas épicas, a su manera: el objetivismo subjetivo. Entre otras, las que ya hemos recordado: “Oda a Roosevelt”, “Salutación al Aguila” y aquellos malhadados versos de decaimiento y pesimismo que comienzan:

“Desgraciado Almirante, tu pobre América...”

A propósito. No hemos de terminar esto sin exaltar alguna de las facies principales del rapso-da. La “Oda a Roosevelt” es toda un canto de loa a la estirpe indígena del Continente y a la América Española, a la “América nuestra, que tenía poetas desde los viejos tiempos de Netzahualcóyotl”. Termina con aquella imprecación al Cíclope: “Y si contáis con todo, falta una cosa... ¡Dios!”

Ahora bien, la “Salutación al Aguila” no es sino un canto fuerte a la fuerte Nación, y hay en ella una estrofa así:

“Aguila que conoces desde Jove hasta Zaratustra
y que tienes en los Estados Unidos tu asiento,
que sea tu venida fecunda para estos países
que el pabellón admiran constelado de barras y
(estrellas...)”

No obstante, el Poeta es sincero en todo: como lo siente, así lo manifiesta; y el sentimiento es río, no lago; fluye constante llevando nuevas aguas; no se estatiza copiando siempre el mismo cielo.

Hoy una faceta, mañana otra, del mismo diamante; esta es su vida. Y es fuerte por esto. Alabemos en él la gran virtud:

“Por eso ser sincero es ser potente;
de desnuda que está brilla la estrella...”

LOS MUSICOS DE HUATABAMPO

P o r C A R L O S F I L I O

EL Gobierno maderista tropezó en sus funciones con los abstráculos creados por su tolerancia, y con los problemas que mañosamente le formaron los hombres del interinato. Además de una situación seria de por sí, el régimen de don Francisco I. Madero se encontró también solicitado por complicaciones de índole diversa, desde las de carácter electoral, hasta las de extracción política y mili-

Del libro próximo a publicarse del distinguido periodista mexicano don CARLOS FILIO, transcribimos un interesante capítulo anecdótico inédito. El señor Filio es autor de dos obras de valor histórico: “Estampas Oaxaqueñas” y “El Libro de las Anécdotas”. El artículo que publicamos corresponde a “El Nuevo Libro de las Anécdotas.”

tar, pero todas complejas y solapadas, ocultamente, por el grupo científico que obraba con la esperanza de una probable restauración porfirista.

Esta inquietud social era explicable como un fenómeno de transición, de la pasividad política en la que había vivido el pueblo, a la que ofrecía la libertad del sufragio efectivo y no reelección. Al pasar del orden del pan y miedo, al de la libertad cívica, la democracia de 1911 removió todos los sectores, sin dejar de tocar al alumnado de las escuelas universitarias.

La juventud que reniega de todo, y recoge la generosidad de un pensamiento, oye los rumores de los cuatro puntos del horizonte, y hace señera elevación de su vida, es una juventud venturusa, como perdida está la que hace cálculos burocráticos de presupuesto, porque ha principiado por donde concluye el egoísmo de la vejez. Ir contra lo establecido, demoler lo que se venera, ser irreverente a las disciplinas y negar muchas cosas, es signo de fecundidad y cosa que mueve a simpatía, dijo Barrés en el Jardín de Berenice.

La juventud escolar de 1912, con característico desenfado, pero movida por el profesorado porfirista, que se conservaba en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, se entregó, apasionadamente, a protestar en contra de la acción revolucionaria del Director del plantel, Licenciado Luis Cabrera.

Cartas abiertas, mítines, representaciones, protestas y notas publicadas en la prensa reaccionaria, llovieron sobre Luis Cabrera, entonces en pleno ejercicio de escritor enjundioso y polemista temible, que popularizaba nacionalmente su seudónimo de Blas Urrea. Todo lo soportaba con irónica paciencia el Director de la Escuela de Leyes; no perdía el ritmo demoníaco de su sonrisa turbadora, y seguía su malignidad aflorándose en sus ojos escondidos tras de los espejuelos.

Los alumnos del grupo reaccionario llegaron a plantear, durante el curso de la huelga, la separación del Director; pero no habiéndola conseguido, canalizaron sus afanes en la fundación de la Escuela Libre de Derecho. Entre los escolares inquietos principió a significarse, por la fiereza de sus ataques, denodados y persistentes, el alumno Rogerio Meraz Rivera, abogado que radica hoy en Pachuca, quien organizó una campaña de prensa en un periódico de la tarde, y de circulación ocasional, llamado "El Herald Independiente".

Siempre que salía "El Herald", no desperdiciaba Meraz Rivera la oportunidad de lanzarle a don Luis los más envenenados dardos de su aljaba, apelando a todos los expedientes que le sugería su fértil y juvenil fogosidad. Cabrera, en tanto, no hablaba, no decía esta pluma es mía; pero uno de tantos números hizo al fin el milagro de que escribiera, al publicar Meraz una singular información, en la primera plana de "El Herald", con esta cabeza, de ciento veinte puntos: *Cabrera*

está loco. El Director de la Escuela de Leyes sufre ataques cerebrales.

Al siguiente día, en la "Nueva Era", don Luis, con su sátira parecida en su intención a la que usó en sus aforismos a Hipócrates, el Abate de Meudón, afirmaba que no estaba loco, ni sufría ataques cerebrales, a no ser los del señor Meraz, "que nada tienen de cerebrales".

Este detalle de humorismo, enfoca la ironía de Blas Urrea, y marca la temperatura a que llegó la lucha escolar del año doce.

Corre también, como acierto irónico de Cabrera, la sátira que le indilgó a Rip-Rip, cuando en el calor de una controversia, haciendo olvido intencionado de la firma del popular periodista, le dice: "Este señor que lleva por seudónimo un nombre de epitafio..." Y aquella otra de los días de lucha en la Cámara, cuando Moheno, aludiendo a la vocesilla de Cabrera, le gritaba: "Que se calle el tenor", y rápido, haciendo breve entrecomado, desde lo alto de la tribuna, le contestara, con hiriente frase calificativa: "Cállese el bajo".

Dentro de los hombres catalogados de poseer la gracia del humorismo, Luis Cabrera tiene sus puntos de contacto, guardando proporciones, y en planos de ejercicio distinto, con Benavente, el comediógrafo de quien, para dar ejemplo, basta recordar su respuesta a los reporteros españoles, a su regreso de la Argentina.

—¿Todavía la América es un campo propicio para el capital español?

—Indudablemente que sí. Sobre todo, hay un negocio que puede emprenderse con provecho.

—¿Cuál es, maestro?

—Comprar argentinos por lo que valen y venderlos por lo que suponen valer.

Asunto de amenidad histórica será siempre referir las anécdotas de Cabrera, por lo sutiles, y por venir de quien representó papel importante en la revolución; pero para el intento de estas notas, basta terminirlas con el relato de dos sucesos que se registraron en la época constitucionalista.

Corría el año 1916 y con él principiaba el carrancismo a estabilizarse como gobierno, triunfando de las embestidas villistas, manteniendo a raya al zapatismo por un lado y por otro al felixismo que andaba a salto de mata con Guillermo Meixueiro en Oaxaca y con Higinio Aguilar en la jungla veracruzana. En estas condiciones de lucha sucedió la incursión del general Villa a Columbus, cuyo acto molestó a la Casa Blanca y exasperó la opinión americana, que ya nos era desafecta. Nuestro Gobierno lamentó el incidente y ofreció a los Estados Unidos que haría lo posible por escarmentar a los villistas.

No se sintió asegurada la administración de Woodrow Wilson con las notas promisorias de nuestra cancillería, sino que obrando por su cuenta organizó la punitiva, dándole órdenes al general Pershing para que persiguiera a Villa, hasta su exterminio. Sin relatar la odisea infortunada de Pershing, el a posteriori generalísimo en la Guerra Europea, sucedió que encontrándose en el Norte el licenciado Cabrera en el desempeño de una comisión, y juzgando patriótico poner su empeño en la tarea de retirar al invasor, buscó la manera de entrevistar al general Pershing.

Cabrera logró la buscada entrevista; le expuso al general norteamericano sus puntos de vista y le sugirió la conveniencia de emplear otros recursos que no fueran los de las armas.

—¿Y cómo arreglaría usted este asunto?

—En mi concepto, señor general, creo que el Gobierno americano nos debe dejar a nosotros la resolución del caso de Pancho Villa.

—No está mal el procedimiento, pero es que ustedes los mexicanos piensan mucho para hacer las cosas.

—Lo contrario de los americanos—replicó Cabrera—, que no piensan para hacer las cosas.

El humorismo de Cabrera abarca a veces asuntos de apariencia frívola, pero meditados medianamente, denuncian al observador que llega a filósofo,

como se descubre en la respuesta que le dio al general Obregón en Huatabampo.

Los vecinos de ese pueblo se esforzaron por hacerles agradable su permanencia al general Obregón y su comitiva. En su honor se organizaron paseos, sabrosas comilonas con tatema y machaca del venadito y la pascola, como también hubo discursos, recitaciones y piezas de música tocadas por la banda municipal.

Alguien que sabía que Cabrera se dedicaba a la música le pidió que dirigiera la orquesta. Ni tardo ni perezoso, el financiero de la revolución se puso frente al atril y batuta en mano se dio a señalar los compases de entrada a los músicos lugareños.

El improvisado director se llevó las palmas de la fiesta, significándose las del general Obregón, por el gracejo con que las diera. Con su voz de tonos imprecisos, de la que no se sabe si está en tesitura de seriedad o de ironía: "Gracias, general, contestó Cabrera, pero en verdad no sé si yo dirigí a los músicos o ellos me dirigieron a mí, lo cual me hace establecer una duda de que no sé si nosotros estamos dirigiendo la revolución o ella nos dirige a nosotros".

La observación de Luis Cabrera finca tan profunda duda, que con rapidez meditativa logra cerrar el entrecejo del vencedor de Celaya y Trinidad.

LA SOCIEDAD "EMPERADOR GUILLERMO" EN ALEMANIA Y SU GRAN IMPORTANCIA PARA

Por el Dr.

FEDERICO K. G. MULLERRIED,

Catedrático de la Universidad Nacional de México

LAS CIENCIAS

DESDE 1911 existe en Alemania la Sociedad "Emperador Guillermo" para el adelanto de las ciencias ("Kaiser-Wilhelm-Gesellschaft zur Förderung der Wissenschaften"). Es necesario en el vigésimo quinto año de su fundación, demostrar a la ciencia mexicana lo que es esta sociedad, así como lo que significa para las ciencias, ya que emprende investigaciones, no solamente en Alemania, sino en otros países, entre los que se pueden contar algunos de la América Latina.

La sociedad fue fundada en 1911 por el Emperador de Alemania, Guillermo II, en conmemoración de la fundación de la Universidad de Berlín. El capital necesario fue donado por gente rica y espléndida, y con ello se contribuyó al des-

arrollo de las ciencias en Alemania, especialmente de las biológicas, puesto que la sociedad en cuestión tuvo suficiente dinero para que hombres prominentes realizaran investigaciones en bibliotecas, laboratorios, institutos o en el campo, de acuerdo con la organización que le imprimió el doctor Von Harnack. Además, colaboraron dos sabios alemanes del siglo pasado: el doctor Leibniz y Wilhelm von Humboldt, este último hermano del famoso naturalista Alejandro von Humboldt, muy conocido en México por sus investigaciones científicas.

Después de la muerte de Von Harnack, acaecida en 1930, fue electo presidente de la "Kaiser-Wilhelm-Gesellschaft" el doctor Max Planck, un físico de renombre.

La sede de la sociedad se halla en Berlín-Dahlem, en el edificio "Harnack" y constituye el centro de la labor científica, cultural, social y ad-